

ENSAYOS SOBRE ÉTICA
UNA LECTURA SEMANAL DE LA BIBLIA JUDÍA



Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

Rabino Jonathan Sacks

ENSAYOS SOBRE
ÉTICA

Una lectura semanal de la Biblia judía

Edición Harari

TRADUCIDO POR:
Carlos Betesh & Amalia Silva

Maggid Books & The Rabbi Sacks Legacy

Ensayos sobre ética
Una lectura semanal de la Biblia judía

Edición original en inglés © Jonathan Sacks 2016
Edición en español © propiedad de Jonathan Sacks 2023

Maggid Books
Una edición de Koren Publishers Jerusalem Ltd.

POB 8531, New Milford, CT 06776-8531, EUA
& POB 4044, Jerusalén 9104001, Israel
www.maggidbooks.com

Imagen de portada © El encuentro de Abraham y Melquisedec,
c. 1626 (óleo sobre tabla), Peter Paul Rubens (1577-1640) /
Galería Nacional de Arte, Washington DC, EUA / Bridgeman Images

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta
publicación puede ser reproducida, almacenada en algún
sistema de recuperación de información o transmitida de
cualquier modo, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopiado
o similares sin la previa autorización del editor, salvo en casos
de citas breves incluidas en artículos de crítica o reseñas.

ISBN 978-1-59264-672-2, *pasta dura*

Un registro de este título en su idioma original inglés está disponible
en el catálogo CIP a través de la Biblioteca Británica.

Impreso y encuadernado en los Estados Unidos de América

*La traducción de esta obra está dedicada
a la memoria de nuestro amado esposo y padre.*

Jose Askenazi Harari z"l

1 de Jeshvan 5783

Ciudad de México

***“El justo que camina con integridad,
deja hijos benditos después de él”.***

- Rey Salomón

*Hombre justo, bondadoso, generoso y, ante
todo, agradecido con la vida.*

*Fuiste un ser humano altruista y solidario, siempre
reconocido por su respeto e integridad.*

Tus sabios consejos dejaron huella en todo aquel que te conoció.

*Te admiramos y seguiremos tu enseñanza y ejemplo como
un gran esposo, hijo, hermano, padre, abuelo, bisabuelo
y amigo incondicional que sembraste en nosotros.*



La organización The Rabbi Sacks Legacy perpetúa la sabiduría eterna y universal del Rabino Lord Jonathan Sacks como un maestro de la Torá, un líder entre líderes y una voz moral. Explora el archivo digital que contiene gran parte de los escritos, transmisiones y discursos del rabino Sacks, o apoya el trabajo de dicha organización en www.rabbisacks.org, y sigue The Rabbi Sacks Legacy en las redes sociales @RabbiSacks

Contenido

Prefacio a la edición en español

Prólogo: Convirtiendo la religión en ética xiii

Introducción: Siete características de la ética judía xxi

GÉNESIS

Bereshit

La génesis de la justicia 3

Noaj

Más allá de la naturaleza 9

Lej Lejá

¿Cuán perfectos fueron los patriarcas y las matriarcas? 15

Vaierá

Las ligaduras de Isaac 21

Jaiei Sara

La bondad de los extranjeros 29

Toldot

¿Tenía Jacob derecho a recibir las bendiciones? 35

Vaietzé

Tiempos de amor, tiempos de justicia 43

Vaishlaj

La parábola de las tribus 49

<i>Vaieshev</i>	
El heroísmo de Tamar	55
<i>Miketz</i>	
Apariencia y realidad	61
<i>Vaigash</i>	
El nacimiento del perdón	67
<i>Vaiejí</i>	
¿Cuándo podemos mentir?	73

ÉXODO

<i>Shemot</i>	
Acerca de no obedecer órdenes inmorales	81
<i>Vaerá</i>	
Libre albedrío	87
<i>Bo</i>	
Contando la historia	93
<i>Beshalaj</i>	
El rostro del mal	99
<i>Itró</i>	
La estructura de una buena sociedad	107
<i>Mishpatim</i>	
Curando al corazón de su oscuridad	113
<i>Terumá</i>	
La labor de la gratitud	121
<i>Tetzavé</i>	
La ética de la santidad	129
<i>Ki Tisá</i>	
¿Puede haber compasión sin justicia?	137
<i>Vaiakhel</i>	
El espíritu de comunidad	145

Pekudei

La integridad en la vida pública 153

LEVÍTICO*Vaikrá*

¿Qué es lo que sacrificamos? 161

Tzav

La violencia y lo sagrado 167

Shemini

Fuego sagrado y fuego profano 173

Tazria

La circuncisión del deseo 179

Metzorá

El poder de la vergüenza 185

Ajarei Mot

El chivo expiatorio – la vergüenza y la culpa 191

Kedoshim

De sacerdote a pueblo 197

Emor

Santificando el Nombre 203

Behar

La economía de la libertad 209

Bejukotai

La política de la responsabilidad 215

NÚMEROS*Bemidbar*

La ley como amor 223

Nasó

Dos versiones de la vida moral 229

<i>Behaalotejá</i>	
Del dolor a la humildad	235
<i>Shelaj Lejá</i>	
Juntando recordatorios	241
<i>Koraj</i>	
Cuando la verdad es sacrificada al poder	247
<i>Jukat</i>	
El manejo de la ira	253
<i>Balak</i>	
La maldición de la soledad	259
<i>Pinjás</i>	
Eliahu y la voz suave y apacible	265
<i>Matot</i>	
Juramentos y votos	271
<i>Masei</i>	
Retribución y venganza	277

DEUTERONOMIO

<i>Devarim</i>	
¿Por qué hay tantos abogados judíos?	285
<i>Vaetjanán</i>	
Lo recto y lo bueno	291
<i>Ekev</i>	
El poder de la gratitud	297
<i>Reé</i>	
El segundo diezmo y la construcción de una sociedad fuerte	303
<i>Shoftim</i>	
Responsabilidad ambiental	309
<i>Ki Tetzé</i>	
Hasta la tercera y la cuarta generación	315

:

<i>Ki Tavó</i>	
En busca de la alegría	321
<i>Nitzavim</i>	
¿Por qué el judaísmo?	327
<i>Vaielej</i>	
La Torá como canción	333
<i>Haazinu</i>	
El arco del universo moral	339
<i>Vezot Habrajá</i>	
La muerte de Moisés, la vida de Moisés	345

Sobre el autor 351

Prefacio a la edición en español

El Rabino Lord Jonathan Sacks fue sin duda el erudito más destacado de nuestra época. Sus perspectivas de la Torá, su sabiduría eterna y universal y su incomparable voz moral sirven como una auténtica luz guía de verdad y ética para muchos. La profundidad de sus palabras continúa expandiéndose y permeando el mundo entero, mientras personas de todas las religiones y orígenes se encuentran a sí mismas y a sus valores en sus hermosos y poderosos escritos. Estamos encantados de poder ofrecer a la audiencia de habla hispana algunos de los mensajes éticos más importantes del rabino Sacks para nuestro mundo contemporáneo a través de este libro, *Ensayos sobre ética*.

Una nota sobre la traducción:

El estilo literario del rabino Sacks se caracteriza por su carácter conciso, así como por su fluidez y precisión en el lenguaje. Esta traducción ha intentado apegarse al estilo literario del original inglés y capturar la voz singular del rabino Sacks.

El principal problema que planteó esta edición fue el criterio a utilizar para la traducción de nombres. El rabino Sacks optó por traducir

todos los nombres hebreos a su equivalente en inglés, tales como “Abraham” (a diferencia de la transliteración “Avraham”), Moisés (en vez de “Moshé”). En esta traducción al español intentamos adherirnos a este estilo siempre que fue posible. Sin embargo, se han hecho algunas excepciones y tomamos la decisión de desviarnos periódicamente de esta regla general en situaciones en las que el nombre transliterado es más familiar para la mayoría de la audiencia, así como por otras razones estilísticas. Por ejemplo, se han decidido utilizar las formas transliteradas de “Itró” y “Noaj” (por encima de su traducción “Jetro” y “Noé”) para que sean consistentes con las parashot (lecturas semanales de la Torá) del mismo nombre.

Oramos para que esta traducción cumpla su objetivo de transmitir la importante erudición del rabino Sacks a una audiencia completamente nueva, para que disfrute y se beneficie de sus conocimientos eternos.

Gila Chitiz
Gerente de proyecto

Prólogo

Convirtiendo la religión en ética

Joseph I. Lieberman*

Siendo alguien que cree en el servicio público y conoce qué tanto los líderes pueden influir en la vida del pueblo para bien o para mal, he estado avergonzado y profundamente preocupado por el número de líderes actuales que son culpables de comportamientos poco éticos e inmorales – líderes en el gobierno, la política, los negocios, los deportes y aun en la religión. De cierta manera, esto no tiene nada de nuevo. Desde el jardín del Edén, las personas han batallado con la elección

* Ahora Consultor Senior en el bufete de abogados de Kasowitz, Benso, Torres & Friedman en Nueva York, Joseph I. Lieberman fue miembro del Senado de los Estados Unidos de América por el Estado de Connecticut durante cuarenta y cuatro años. Al finalizar su servicio en enero de 2013, fue presidente del Comité de Seguridad Nacional y Asuntos Gubernamentales, y un alto miembro del Comité de Servicios Armados. Antes de ser electo al Senado en 1988, J.I. Lieberman sirvió durante diez años en el Senado del Estado de Connecticut y otros seis años como Procurador General de ese mismo Estado. En el año 2000 fue el candidato demócrata a la vicepresidencia de los Estados Unidos de América. El Senador Lieberman está casado con Hadassah Freilich Lieberman; juntos tienen cuatro hijos y diez nietos.

entre el bien y el mal. Pero en nuestros tiempos, demasiados líderes parecen perder su camino y tomar malas decisiones, las cuales a su vez, son comunicadas rápidamente a personas de todo el mundo a través de la telecomunicación moderna y las redes sociales. El resultado es una amplia y profunda desconfianza en el liderazgo en general y la consiguiente inseguridad popular sobre el presente y el futuro.

A este campo fangoso de fallas éticas es a donde llega ahora el Rabino Lord Jonathan Sacks con una pluma que es más poderosa que toda la inmoralidad. En este maravilloso volumen de ensayos que extraen lecciones éticas de cada porción semanal de la Biblia hebrea, el rabino Sacks habla con una voz fuerte, principista y elocuente. Sus perspectivas enriquecerán al lector en el entendimiento de la Torá y guiarán los esfuerzos diarios de cada uno de nosotros para elegir el bien sobre el mal.

En Génesis, observa el rabino Sacks, por primera vez la religión se convierte en ética. Abraham es el primer monoteísta, pero es también el primer monoteísta ético. Es instruido por Dios para guardar el camino del Eterno enseñando a sus hijos a hacer lo que es correcto y justo.

Un tema central de este libro y de otras de las obras del rabino Sacks, es que el comportamiento ético es la esencia de la vida y el destino judío. La observancia y los rituales religiosos han sido críticos para proteger los mandatos de la Biblia y permitir el milagro de la supervivencia judía a través de los milenios. Sin embargo, la razón principal de la existencia del pueblo judío es traer al mundo los valores que fueron codificados y transmitidos por Dios al hombre en el Sinaí. En este libro, el rabino Sacks avanza en esa misión de manera brillante.

Hay un mensaje poderoso en el viaje bíblico de los hijos de Israel desde la esclavitud en Egipto hasta la recepción de los Diez Mandamientos en el Sinaí. Y este es que la libertad por sí sola conduce generalmente a la inmoralidad, la violencia o el caos. La gente necesita reglas, necesita leyes. En Egipto, Moisés apela al Faraón no solo diciendo «deja salir a mi pueblo» sino «deja salir a mi pueblo para que sirva al Eterno». El divinamente guiado éxodo de Egipto es solo el principio del viaje; conduce inevitablemente a los Diez Mandamientos y a los requisitos para servir a Dios y defender los valores expresados en esos mandamientos y en la Torá.

Ya que las personas somos inherentemente imperfectas, los Diez Mandamientos — así como todas las buenas leyes desde entonces — son

aspiracionales. Establecen un estándar para aquello que aspiramos ser pero que muchas veces no somos.

Las perspectivas del rabino Sacks en este libro habrían sido apreciadas por los hombres sabios, los fundadores de los Estados Unidos de América. Ellos eran conocedores de la Biblia hebrea. Tal vez es por eso por lo que entendieron que cargaban con una gran responsabilidad, no solo la de asegurar su libertad sino de adoptar reglas destinadas a fomentar un mejor comportamiento entre los ciudadanos. Debido a que sus experiencias con el monarca inglés los hicieron escépticos de la autoridad central (me disculpo por mencionar esto en el prefacio de un libro escrito por un lord inglés), quisieron que el alcance de su nuevo gobierno fuera limitado. Por lo tanto, ellos sabían que existía una necesidad de motivadores no gubernamentales de buena conducta, y creían, así como lo hace el rabino Sacks, que no hay mejor motivador que la religión.

Vean las sabias palabras del presidente George Washington en su discurso de despedida:

De todas las disposiciones y hábitos que conducen a la prosperidad política, la religión y la moralidad son soportes indispensables... Deben de ser respetadas tanto por el simple político como por el hombre piadoso. Un volumen es incapaz de trazar todas sus conexiones con la felicidad privada y pública... Que simplemente se pregunte: ¿Quién puede asegurar la propiedad, la reputación, la vida, si el sentido de la obligación religiosa abandona a los juramentos?... Y permitámonos, con cautela, la suposición de que la moralidad puede mantenerse sin la religión.¹

Las ideas de Washington son tan verdaderas y necesarias hoy (particularmente para los «simples políticos») como lo fueron cuando las entregó en 1796.

Una de las grandes lecciones que surge de este libro, del texto bíblico y de las explicaciones del rabino Sacks, es que la creencia en el Creador lleva naturalmente a una ética de igualdad. Todos nosotros —reyes y plebeyos, presidentes y mendigos— somos igualmente

1. *American Daily Advertiser* (Filadelfia, 19 de septiembre de 1976).

bendecidos y merecemos ser tratados éticamente, porque todos somos hijos del mismo Dios. Pero hay otra forma en la cual la Torá deja en claro que no todos somos iguales, que se requiere más de algunos de nosotros. Cuanto mayor sea la posición, el poder o la autoridad de un individuo, más altos serán los estándares a los que él o ella estarán sujetos. Todos hemos sido llamados a vivir de acuerdo con la ley, pero son los líderes quienes deben de ser especialmente ejemplares en cuanto a moral y a ética se refiere, ya que el impacto de la conducta carente de honestidad de un rey o un presidente es mayor que el efecto del mal comportamiento de un plebeyo o un mendigo.

En la Biblia hay muchos ejemplos de este elevado estándar establecido para los líderes, incluyendo a Aarón el sumo sacerdote, al rey Saúl y al rey David. Pero el más conmovedor es sin duda Moisés, quien era tan grande como persona y líder, que Dios le hablaba «cara a cara» (Éxodo 33:11), pero que por perder el dominio de sí mismo en una ocasión, por perder la fe una sola vez, no le fue permitido entrar a la tierra prometida.

Todos aquellos que lean este libro se verán beneficiados. Para quienes se encuentren en posiciones de liderazgo debería ser obligatorio leerlo; con suerte lo harán y elegirán aplicar sus consejos éticos y morales en su trabajo.

Tal como escribe el rabino Sacks en su comentario a la porción de la Torá *de Emor* («Habla») en el libro de Levítico:

Hace mucho tiempo fuimos convocados a demostrarle al mundo que la religión y la moral van de la mano. Nunca esto ha sido tan necesario como en esta era en la que la violencia, motivada por la religión, es flagrante en algunos países, y la desenfrenada secularidad predomina en otros. Ser judío es estar dedicado a la propuesta de que amar a Dios significa amar a Su imagen, la humanidad. En el siglo XXI, no hay desafío mayor ni más urgente.²

AS

2. Página 252

Introducción

Siete características de la ética judía

Hacia el final de su libro *Civilización: Occidente y el resto*, el historiador de Harvard Niall Ferguson relata una notable historia de cómo se le encargó a la Academia China de Ciencias Sociales la tarea de descubrir cómo fue que Occidente se convirtió en la fuerza preeminente en el mundo moderno. Hasta el siglo dieciséis, China había sido la civilización más avanzada del mundo, pero fue alcanzada y dejada atrás. ¿Qué fue lo que dio a Occidente la habilidad de desarrollarse tan rápido?

Un erudito chino contó la historia. Al principio, dijo, pensamos que era porque Occidente tenía mejores armas que las nuestras; militarmente eran más fuertes. Luego investigamos más a fondo y concluimos que era su sistema político; ellos desarrollaron la democracia mientras que nosotros no lo hicimos. Fuimos aún más a fondo y llegamos a la conclusión que era su sistema económico; ellos desarrollaron el libre mercado mientras que nosotros no. Pero durante estos últimos veinte años hemos conocido la verdadera respuesta: es su religión. Eso es lo que le dio a Occidente su ventaja crítica. Fue lo que hizo posible el desarrollo,

primero del capitalismo y después de la política democrática — y estos alimentaron al resto.¹

La religión en cuestión era, por supuesto, el cristianismo. Pero el cristianismo no nació en el siglo dieciséis cuando Occidente comenzó su precipitado crecimiento. Al contrario, tenía ya más de un milenio y medio de existencia, y había sido el poder dominante en Europa desde la conversión del emperador romano Constantino a principios del siglo cuarto. Algo sucedió durante el siglo dieciséis que convirtió a la cultura europea en la fuerza que produjo un acelerado desarrollo, y que a su vez la ubicó como líder intelectual, económico y político del mundo.

Lo que sucedió fue la Reforma, que especialmente en su forma calvinista provocó que los cristianos regresaran a leer lo que ellos llaman el Antiguo Testamento y que nosotros conocemos como el Tanaj o la Biblia hebrea. Fue este nuevo compromiso con la tradición judaica generado por los cristianos hebraístas de los siglos dieciséis y diecisiete aquel que tuvo un impacto decisivo en la política y la economía de Occidente. Fue entonces cuando la constelación de valores que ha venido a denominarse la herencia judeocristiana comenzó a tener un impacto transformador en Occidente, lanzándolo en su vuelo a la grandeza.

Esa civilización está ahora en peligro en la mayor parte de Europa y en muchas regiones de los Estados Unidos de América. En 1869, en el auge de la Inglaterra victoriana, Matthew Arnold argumentó que la cultura británica era el resultado del impacto combinado de dos antiguas civilizaciones: Atenas y Jerusalén. Las llamó, respectivamente, helenismo y hebraísmo. Grecia, dijo, dio al mundo la filosofía y la ciencia, mientras que la Biblia hebrea le dio su código moral. Como él dijo: «La idea suprema del helenismo es el ver las cosas tal como realmente son; la idea suprema del hebraísmo es conducta y obediencia»². Esto significa que «mientras exista el mundo, todos aquellos que deseen progresar en justicia vendrán a Israel en busca de inspiración, al pueblo cuyo sistema judicial ha sido el más fuerte y brillante». Para Arnold, si lo que buscas es entender la moralidad, debes leer la Biblia hebrea.

1. Niall Ferguson, *Civilización: Occidente y el resto* (*Civilization: The West and the Rest*), London: Allen Lane, 2011, 287.
2. Matthew Arnold, *Cultura y Anarquía* (*Culture and Anarchy*), London: 1869, Cap. 4.

Introducción: Siete características de la ética judía

Desde su punto de vista, en su época, el espíritu del hebraísmo estaba en ascenso y no había suficiente helenismo en la cultura británica. Hoy la situación se ha invertido. De innumerables maneras, en su enfoque hacia el cuerpo, en el énfasis que hace en los bienes materiales y los deportes físicos, en su priorización de la política por sobre la moralidad personal como forma de cambiar al mundo, en su enfoque hacia la ética sexual, el aborto y la eutanasia, Occidente ha regresado ahora a los valores y prácticas de la Grecia y Roma precristianas. Así es como Ferdinand Mount lo explica:

Muchas veces, sin ser mínimamente conscientes de ello, el modo en el que vivimos nuestras ricas y variadas vidas corresponde, casi inquietantemente, a la manera en la que los griegos y los romanos vivieron las suyas. Ya sea que estemos comiendo y bebiendo, tomando un baño, haciendo ejercicio o haciendo el amor, meditando, admirando o cuestionando, nuestros hábitos de pensamiento y acción, nuestras distracciones y concentraciones recuerdan a las suyas. Es como si los 1,500 años pasados desde la caída de Roma hubieran sido solo un descanso de las formas tradicionales de ser humano.³

Tal vez esto pueda ser sostenible, pero la probabilidad es que no sea así. Grecia en la era de los estoicos y los epicúreos, y Roma en los siglos I y II eran sociedades al borde de la decadencia. Sus logros culturales, especialmente los de Atenas, fueron insuperables. Pero les faltó la habilidad de sobrevivir, recuperarse de la catástrofe y renovarse a sí mismos. Declinaron y cayeron. Hay algo acerca del estilo de vida iniciado por Abraham, moldeado y estructurado por la revelación en el Monte Sinaí y cuya voz moral provino de los profetas, que tocó la imaginación de un pueblo pequeño y sin distinción, elevándolo vez tras vez a la grandeza espiritual. En su seno se encontraba una visión moral de lo que es ser humano bajo la soberanía divina, una visión que tiene aún la capacidad de inspirarnos y levantarnos tanto individual como colectivamente.

3. Ferdinand Mount, *Full Circle: How the Classical World Came Back to Us* (London: Simon and Schuster, 2010), 1.

Introducción

Yo no soy uno de aquellos que creen, como Dostoievski, que «si Dios no existe, todo está permitido»; no se necesita ser religioso para ser moral. Platón, Aristóteles y los estoicos tuvieron todas profundas perspectivas morales. El hinduismo y el budismo tienen sus propios códigos y tradiciones. Existen también las grandes herencias chinas del confucianismo y el taoísmo. Ninguna de ellas fue un monoteísmo abrahámico. Cada sociedad necesita un código de conducta que ayude a sus miembros a vivir en colaboración y de forma constructiva. Hay honor incluso entre ladrones, como dijo Yehudá Haleví. Alguna forma de moralidad es una característica universal en los grupos humanos.

La biología evolutiva y la neurociencia nos han ayudado a entender cómo y por qué funciona esto. Todos los animales sociales son capaces de actuar en beneficio del grupo como un todo. Transmitimos nuestros genes como individuos, pero sobrevivimos como miembros de un grupo. Las simulaciones por computadora han mostrado que la cooperación necesita de un patrón de comportamiento conocido como altruismo recíproco, lo que significa, a grandes rasgos, que si tú te comportas bien conmigo yo me comportaré bien contigo. De esto se derivan las dos características casi universales de la vida moral: la llamada regla de oro, «Actúa con otros de la forma en la que deseas que ellos actúen contigo» y el principio de la justicia de medida–por–medida, «Como hagas a otros, así otros te harán». Ellas fluyen de la lógica de la cooperación misma.

Más aún, podemos localizar esto dentro del cerebro. Los animales sociales poseen una característica que los lleva al comportamiento moral: las así llamadas neuronas espejo que nos hacen estremecer cuando vemos a alguien más padeciendo dolor. Estas son la base de la empatía (sentir con) y la simpatía (sentir por). Entonces, por naturaleza e independientemente de las convicciones religiosas, estamos inclinados a ser animales morales. Pero no todos los sistemas morales son iguales. En esta introducción deseo enfocarme en siete características de la ética de la Torá, que la hacen transformadora y singularmente sostenible a través del tiempo. Grandes civilizaciones llegan y se van, el judaísmo llegó para quedarse. Estas son algunas de las razones del por qué:

1. La dignidad del individuo

Primero encontramos la dignidad sin precedente del individuo, señalada en la declaración del primer capítulo de la Torá: «Hagamos a la humanidad a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Génesis 1:26). Cada ser humano, sin importar su clase, color, cultura o credo, lleva dentro de sí mismo la imagen de Dios. Esto, de acuerdo con Ben Azai, sabio de la Mishná, es el principio esencial de la Torá.⁴

La idea de que un ser humano podía ser creado a la imagen de Dios no era nueva en el antiguo Cercano Oriente. Eso es lo que se creía que eran los reyes mesopotámicos, emperadores asirios y faraones egipcios: los hijos de los dioses o los principales intermediarios con los dioses. Era una descripción estándar de realeza. Lo revolucionario en la Biblia fue la proposición de que esto aplica por igual para todos nosotros. El concepto de los derechos humanos no nació sino hasta el siglo diecisiete, y sin embargo, es justo decir que su posibilidad fue creada en esas palabras.

Los rabinos anotaron algunas de las implicaciones. Una mishná en Sanedrín (4:5) dice que los humanos fueron creados uno a uno (la Torá habla de la creación del primer hombre y la primera mujer) para enseñar que una sola vida es como un universo. Cuando una persona destruye una vida, es como si hubiera destruido un universo. Cuando una persona salva una vida, es como si hubiera salvado un universo. También fueron creados de forma individual por el bien de la paz, para que nadie pueda decir a otro: «Mis antepasados fueron más grandes que los tuyos». Y por último, la mishná concluye que fue para mostrar la grandeza del Santo Bendito Sea, ya que cuando los humanos crean muchas monedas de un solo molde todas resultan iguales, pero Dios crea a cada persona a la misma imagen, Su imagen, y sin embargo son todos diferentes. Por lo tanto, estamos todos obligados a decir, «Por mi causa es que el mundo fue creado».

Aquí hay un punto importante que vale la pena destacar. El mono-teísmo no es solo un conjunto de creencias sobre Dios. También tiene profundas implicaciones para nuestro entendimiento de la humanidad.

4. Sifra, *Kedoshim* 4:12.

Al descubrir a Dios, solo y singular, los hombres descubrieron el significado del individuo, solo y singular. De ahí que tengamos comentarios como el de Moisés: «¿Pecará un hombre y te enojarás con toda la congregación?» (Números 16:22). De ahí también la aparición por primera vez en la literatura de personajes tan claramente individualizados como Moisés, David, Elías y Jeremías, a la par de mujeres como Débora, Rut, Noemí y Ana. Estas no son las figuras bidimensionales tan representativas del mito, sino más bien personalidades complejas que piensan y actúan como individuos.

2. Libertad Humana

En segundo lugar, tenemos el énfasis que pone la Torá en la libertad colectiva y personal la cual se desprende de la lógica del monoteísmo. Los dioses del mundo antiguo eran parte de la naturaleza. Eran más poderosos que los humanos e inmortales, pero existían dentro de los confines del mundo natural. El Dios de la Torá *trasciende* lo natural porque Él creó a la naturaleza como un acto libre de la voluntad. Porque Dios es libre y nos ha dotado con Su imagen, nosotros también somos libres.

Este regalo de libertad define el drama humano tal y como fue expuesto en los primeros capítulos del Génesis, porque significaba, fatídicamente, que los seres humanos podían desobedecer a Dios. Adán y Eva, los primeros seres humanos, desobedecieron la primera orden recibida. Caín, el primer hijo del ser humano, se convirtió en el primer asesino. En la época de Noaj el mundo estaba lleno de violencia. Dios «se arrepintió de haber creado a los seres humanos en la tierra, y Su corazón se turbó profundamente» (Génesis 6:6). A pesar de esto, en ninguna parte del Tanaj se sugiere que Dios haya considerado alguna vez retirar el regalo de la libertad. En la Torá está implícita la idea radical de que el Dios libre busca el servicio libre por parte de seres humanos libres.

La libertad es uno de los principios fundamentales de la fe judía. El Rambám la codifica como tal.⁵ Cada uno de nosotros, dice, somos capaces de ser tan piadosos como Moisés o tan malvados como

5. Maimónides, *Mishné Torá*, Hiljot Teshuvá 5:3.

Jeroboam. Este punto se expresa tanto al principio como al final de la Torá. En el principio, está contenido en el breve discurso de Dios para Caín, de quien Él sabe que está en las garras de la ira y al borde de cometer un acto violento: «¿Por qué estás enojado? ¿Por qué ha decaído tu semblante? ¿Acaso no serás aceptado si haces lo correcto? Pero si no haces lo correcto, el pecado se asoma a tu puerta; desea poseerte, pero tú debes dominarlo» (Génesis 4:6-7). En otras palabras: es parte de la naturaleza humana el estar sujetos a impulsos profundamente arraigados que en ciertas ocasiones pueden ser necesarios para la supervivencia, pero que en otras, resultan disfuncionales y destructivos. Debemos ser capaces de controlar nuestras pasiones. Como dijo Freud, la civilización está marcada por la habilidad de posponer la gratificación del instinto. La mayor parte de las leyes de la Torá están dedicadas a inculcar esto.

Al final de la Torá, habiendo recapitulado la historia de los israelitas, Moisés plantea una elección suprema: «Este día convoco a los cielos y la tierra como testigos en su contra que he puesto delante de ustedes la vida y la muerte, bendiciones y maldiciones. Elijan ahora la vida para que puedan vivir ustedes y sus hijos» (Deuteronomio 30:19). Individual y colectivamente somos libres de elegir entre el bien y el mal, y *nuestras elecciones determinan nuestro destino*. Somos agentes morales, y por lo tanto, responsables y llamados a rendir cuentas de lo que hacemos.

Este énfasis en la libertad es una de las características definidoras del judaísmo. La mayoría de las otras civilizaciones hasta cierto punto la han negado. Los griegos enseñaron que estamos sujetos al destino y a fuerzas que están fuera de nuestro control; esta es la base de la tragedia griega. Estamos, dijo Pablo, en las garras del pecado, llevando aún las cicatrices de la desobediencia de los primeros humanos; por lo tanto, necesitamos el sacrificio de alguien más para que expíe por nosotros. La creencia judía de que no estamos contaminados por el pecado original y de que somos capaces de elegir entre el bien y el mal sin una ayuda divina especial, no es compartida por todas las formas de cristianismo, donde se la conoce como la herejía pelagiana.

Es importante notar que el judaísmo no toma la libertad a la ligera. No es fácil, ni en el nivel individual ni en el colectivo. Como Dios le dijo a Caín, el pecado se asoma a la puerta y desea dominarnos. En términos neurocientíficos, el córtex prefrontal nos ayuda a entender

las consecuencias de nuestras acciones y con ello a elegir el bien, pero siendo el sistema límbico más rápido y poderoso, muchas veces nos vemos atrapados por fuertes emociones. De ahí la importancia de la vida de autodisciplina engendrada por los mandamientos. De ahí también la centralidad de la familia como marco de la educación moral. La Torá nos dice que Dios escogió a Abraham «para que él ordene a sus hijos y a su casa después de él, para que guarden el camino del Eterno, haciendo lo que es correcto y justo» (Génesis 18:19). Se necesitan familias fuertes, comunidades unidas y un código moral compartido para producir individuos con la fuerza para ser libres.

Lo mismo es cierto en el nivel colectivo. La totalidad de la Torá, desde el comienzo del Éxodo hasta el final de Deuteronomio, trata acerca de lo que es crear una sociedad libre en contraposición con la esclavitud que los israelitas experimentaron en Egipto. «No hay nada más difícil que el aprendizaje de la libertad», dijo Alexis de Tocqueville.⁶ Dios, que creó el universo en libertad, desea que la humanidad a quien Él dio el regalo de la elección cree un universo social en el cual todos puedan vivir en libertad.

3. *La santidad de la vida*

En tercer lugar, se encuentra el principio expuesto en el pacto noájida — el pacto que Dios hizo con Noaj después del diluvio, y a través de él con toda la humanidad: «Quien derramare sangre del hombre, por el hombre, su sangre será derramada, porque a la imagen de Dios el hombre fue creado» (Génesis 9:6). La vida es sagrada. Cada uno de nosotros fuimos creados a imagen de Dios, Su única imagen, ya que el crear imágenes está totalmente prohibido. Por lo tanto, el asesinato es más que un crimen; es un acto de sacrilegio, una deshonra a Dios mismo.

En general, la Torá es una protesta contra el uso de la violencia para alcanzar fines humanos. El drama humano puede resumirse de la siguiente manera: *Dios es libre. Dios crea el orden. Dios le da libertad al*

6. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America (La democracia en América)*, New York: Vintage Books, 1954, 1:256.

hombre. El hombre, entonces, crea el caos. De ahí que la pregunta a la cual la Torá, la Biblia hebrea y el judaísmo como un todo están dirigidos sea: ¿Pueden coexistir la libertad y el orden? La respuesta es la vida moral tal y como la Torá la concibe. *La moralidad es aquel sistema compartido de restricciones autoimpuestas, que permite que mi libertad coexista con la tuya.*

La alternativa a la moralidad es la violencia. La violencia es el intento de satisfacer mis deseos a costa de los tuyos. Yo deseo X, tú tienes X, tú te interpones en mi camino para que yo obtenga X, por lo tanto, si yo he de tener lo que deseo, debo forzarte a renunciar a X. La violencia es la imposición de mi voluntad en el mundo a través de la fuerza. Y así nace la ley del más fuerte. Tal como los atenienses dijeron a los melios, «Tal como va el mundo, ustedes saben tan bien como nosotros que el derecho no existe más que entre iguales del poder, mientras los poderosos hacen lo que quieren los débiles sufren lo que deben».⁷ O como dijera Trasímaco en *La República* de Platón, la justicia no es otra cosa sino lo que sirve los intereses del más fuerte. Esto es lo que Nietzsche vio como el principio fundamental de la existencia humana: la voluntad de poder.

El judaísmo es una protesta sostenida en contra de este estilo de vida. Aun Dios mismo, Creador del universo, gobierna por derecho, no por la fuerza. Ese es el significado de la historia del Éxodo y por qué es central para la Torá. *El poder supremo interviene en la historia para liberar al supremamente impotente.* La razón por la que Dios envió plagas contra Egipto, el imperio más poderoso del mundo antiguo, fue para mostrarle que *aquellos que gobiernan por la fuerza son vencidos por la fuerza.* La razón por la cual Dios eligió a una nación pequeña y de alguna forma inconsecuente, para ser los portadores de Su pacto, fue, al menos en parte, para mostrar *el poder del indefenso* cuando tiene de su lado al derecho y no a la fuerza.

La alternativa al poder es la ley: la ley aceptada y obedecida libremente. Solo al observar el estado de derecho —ley que se aplica por igual tanto a ricos como a pobres, a poderosos como a impotentes— escapamos del trágico ciclo de libertad que engendra conflicto, que conduce al caos y que resulta en el uso de la fuerza que genera tiranía, la libertad de

7. Tucídides, *El diálogo de Melos (The Melian Dialogue)* 5.84–116.

pocos y la esclavitud de muchos. *Dios se revela a Sí mismo en la forma de la ley, porque la ley es la constitución de la libertad.* Esa es la forma moral de una sociedad de libertades bajo la soberanía de Dios.

4. *Culpa, no vergüenza*

Todas las sociedades necesitan un código moral compartido. Por lo tanto, todas necesitan un proceso de socialización, pero no todas hacen esto de la misma manera. La antropóloga Ruth Benedict hizo una distinción fundamental entre *las culturas de la vergüenza* y *las culturas de la culpa*. En las culturas de la vergüenza el valor más importante es el honor, en las culturas de la culpa es la justicia, «hacer lo que es correcto porque es correcto». En las culturas de la vergüenza la moralidad funciona a través de un sentido de lo que los demás esperan de ti. La vergüenza en sí misma es el sentido de la desgracia que sufriríamos si otros descubrieran lo que hemos hecho. La culpa no tiene nada que ver con las opiniones de los demás sino con la voz de la conciencia. Las culturas de la vergüenza tienen su enfoque puesto fuera de uno mismo, mientras que las culturas de la culpa se enfocan en el interior del ser.⁸

Esto tiene consecuencias significativas. Aquel que ha sido avergonzado ha sido marcado, manchado, estigmatizado. La única forma de escapar de la vergüenza es marcharse e irse a vivir a otro lugar o, in extremis, suicidarse. Las culturas de la culpa son distintas porque hacen una clara distinción entre el agente y el acto, entre el pecador y el pecado. El acto cometido puede ser malo, pero el agente permanece sin mancha, intacto. Tal como decimos en nuestras oraciones matutinas, «El alma que Tú me diste es pura», aun si yo he hecho cosas que son impuras. De este modo, en las culturas de la culpa existe siempre la posibilidad del remordimiento, el arrepentimiento, la expiación y el perdón. Podemos resarcir las relaciones rotas, podemos expiar por los pecados, podemos disculparnos y ser perdonados. Lo que hicimos no nos mantiene eternamente cautivos. Lo que hagamos en el futuro puede

8. *El crisantemo y la espada: los patrones de la cultura japonesa (The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture)*, Boston: Houghton Mifflin, 1946.

expiar por aquello que hicimos en el pasado. Una cultura de la culpa es una moralidad de libertad. Una cultura de la vergüenza es una moralidad de conformismo y control social.

Mucho se ha escrito acerca de Génesis 2–3, la historia de los primeros seres humanos en el Jardín el Edén y del primer pecado: comer del fruto del Árbol del Conocimiento. Sin embargo, pocos han entendido que esta es en realidad una historia acerca de la diferencia entre la culpa y la vergüenza. En *Vergüenza y necesidad*,⁹ Bernard Williams señala que la vergüenza es esencialmente un fenómeno visual. Cuando sientes vergüenza estás experimentando o imaginando lo que sería estar siendo observado por otros haciendo lo que hiciste. El primer instinto al sentir vergüenza es desear ser invisible o estar en otro lugar. La culpa, por contraste, es más un fenómeno auditivo y no tanto visual. Ella representa la voz interna de la conciencia. El volverse invisible o el ser transportado a otro sitio puede calmar la vergüenza, pero no tiene ningún efecto sobre la culpa. La voz te acompaña donde quiera que estés.

Lee cuidadosamente la historia de Adán y Eva y el fruto prohibido, y verás que trata acerca de los fenómenos visuales y la vergüenza. En un principio, la pareja estaba desnuda y «no se avergonzaban» (Génesis 2:25). Después, Eva observa que el fruto era «agradable a la vista» (Génesis 3:6). La pareja comió del fruto y «los ojos de ambos fueron abiertos» (Génesis 3:7). Buscaron cubrir su desnudez. Por primera vez se vieron a sí mismos como otros podrían verlos y experimentaron vergüenza. Es entonces cuando escucharon «la voz de Dios» (Génesis 3:8) y trataron de esconderse. Todas estas son señales inconfundibles de una cultura de la vergüenza. La historia de Adán y Eva no trata acerca del pecado original ni acerca del conocimiento como tal. Trata acerca del peligro de seguir a los ojos en vez de escuchar la palabra de Dios con los oídos. El verbo hebreo *shemá*, un término clave de la fe judía, significa tanto «escuchar» o «entender» como «obedecer». El judaísmo, la religión del Dios-a-quien-no-se-puede-ver, es una moralidad de la culpa, no de la vergüenza.

9. Bernard Williams, *Vergüenza y necesidad (Shame and Necessity)*, Berkeley: University of California Press, 1993.

5. Lealtad y amor

El quinto principio se hace aparente tan pronto notamos una característica extraña del libro del Génesis. Por lo general pensamos en el judaísmo como un monoteísmo abrahámico, y al monoteísmo mismo como un rechazo y una protesta en contra del politeísmo del mundo antiguo. Sin embargo, el Génesis no contiene una sola polémica en contra de la idolatría. Aparte de una oscura referencia a Raquel robando los *terafim* de su padre, «dioses domésticos» o «fetiches» (Génesis 31:19), no hay siquiera una mención acerca de ella. Y sin embargo no hay duda de que la historia del Génesis, a partir del capítulo 12 y hasta el final, trata de una única y singular familia que vive de manera distinta a las demás naciones y culturas que la rodean. ¿En qué consiste esta diferencia?

Existe un tema conductor. Siempre que un miembro de la familia del pacto deja el núcleo familiar, él o ella encuentra un mundo de anomia sexual. Tres veces fueron forzados Abraham e Isaac a dejar su hogar a causa de la hambruna, y en cada ocasión sintieron que sus vidas corrían peligro. Ellos serían asesinados para que sus esposas pudieran ser llevadas al harén real (Génesis 12, 20, 26). Cuando dos extraños, que resultaron ser ángeles, visitan a Lot en Sodoma, los habitantes del pueblo rodean la casa de Lot exigiendo que los saque con el propósito de cometer una violación homosexual. Cuando Dina sale a visitar Shejem, es secuestrada y violada por el príncipe del lugar. Cuando José, en Egipto, se queda solo con la esposa de su amo, ella intenta seducirlo y cuando él se resiste lo hace encarcelar bajo el cargo falso de violación.

Hasta los mismos miembros de la familia de Abraham se corrompen cuando viven en medio del pueblo. Las hijas de Lot emborrachan a su padre y tienen relaciones incestuosas con él. Judá, quien ha dejado a sus hermanos para vivir entre los cananitas, no siente reparos en tener relaciones sexuales con una mujer a quien toma por prostituta.

Aquí se formula una idea verdaderamente notable: que hay una conexión entre la idolatría y el desenfreno sexual. Y existe un principio corolario acerca de la fe abrahámica: que la relación entre Dios y la humanidad, y específicamente entre Dios y el pueblo del pacto, es una relación de amor —amor moralizado, amor como un acto, amor como

un compromiso y una obligación mutua. La palabra bíblica *emuná*, generalmente traducida como «fe», no significa esto en absoluto. No es un atributo cognitivo, o algo que crees que sea verdad. Pertenece a una esfera de discurso completamente diferente. Es un atributo moral y significa *fidelidad*, como en un matrimonio. La fe en la Biblia hebrea es la historia de un amor —el amor de Dios por la creación, por la humanidad, y por una familia en particular: los hijos de Abraham. Un amor lleno de pasión, pero que no siempre, o incluso a menudo, es correspondido. En algunas ocasiones, como en los libros mosaicos, es descrito como la relación entre un padre y un hijo. En otras ocasiones, particularmente en la literatura profética, se representa como el amor entre un esposo y una esposa a menudo infiel. Pero nunca es menos que amor.

El judaísmo fue el primer sistema moral en colocar al amor interpersonal en el centro de la vida moral: el amor a Dios «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6:5), amor a «tu prójimo como a ti mismo» (Levítico 19:18), y amor al extranjero porque «tú sabes lo que se siente ser extranjero» (Éxodo 23:9). Más tarde esto fue adoptado por el cristianismo y continúa siendo un elemento distintivo de la ética judeocristiana. Todos los sistemas morales tienen en su centro un principio de justicia o altruismo recíproco: haz a otros como deseas que hagan contigo. Pero el amor es algo distinto y más demandante.

De ahí la importancia fundamental de la ética sexual en el judaísmo, de la santidad del matrimonio y de la familia como núcleo de la sociedad y el lugar en el cual los niños son iniciados en la vida moral. Esto se da a conocer desde temprano en la historia bíblica. En el único lugar en el cual la Torá afirma el por qué Abraham fue elegido, dice, «Porque Yo lo he elegido para que él ordene a sus hijos y a su casa después de él, para que guarden el camino del Eterno, haciendo lo que es correcto y justo» (Génesis 18:19). De ahí también el significado de la circuncisión como la señal del pacto, como diciendo que la santidad tiene una conexión directa con la forma en la que conducimos nuestras relaciones sexuales. Parece que la Torá ve el impulso darwiniano de transmitir los propios genes a la siguiente generación, y con ello el fenómeno del macho alfa que domina el acceso a las hembras, como una de las principales causas de la violencia en una sociedad. El judaísmo

se trata tanto de la moralización del sexo, como de la moralización del poder, y los dos están conectados.

6. *La ética del pacto*

Lo que hace al matrimonio fundamental a la ética de la Torá es su naturaleza de pacto. Fue Nietzsche en *La genealogía de la moral* quien argumentó que el acto primario de la vida moral es hacer una promesa. Una promesa es una obligación bajo la cual me coloco a mí mismo. Concilia así a la libertad y el orden —a la libertad, porque yo he elegido obligarme a mí mismo, y al orden porque si soy digno de confianza, se puede confiar en que mantendré mi palabra. Un pacto es en esencia un intercambio de promesas. Dos o más partes acuerdan estar obligadas por ciertos compromisos, prometiéndose una a la otra cumplirlos en una relación abierta de cuidado mutuo.

Los pactos eran una característica común de la política del antiguo Cercano Oriente. Eran por lo general acuerdos de paz entre poderes potencialmente conflictivos. La Torá toma este recurso y le da un uso completamente nuevo, para definir la relación entre los seres humanos y Dios, y para darle forma a la vida moral. Encontramos en la Torá tres pactos entre Dios y los seres humanos —el primero con Noaj y a través de él con toda la humanidad, el segundo con Abraham y su descendencia, y el tercero con Moisés y los israelitas en el Monte Sinaí. Fue el tercero de estos el que dio al judaísmo su constitución de libertad bajo la soberanía de Dios.

En el Sinaí los israelitas acordaron convertirse en una nación unida a Dios a través de un pacto que implicó la adopción de un detallado código moral y social. Ellos debían construir una sociedad de justicia y compasión, de libertad y dignidad humana, cuya lógica residía, en parte, en sus recuerdos del exilio y la esclavitud en Egipto. En realidad, se les encargó construir una especie de antitipo de Egipto libre de opresión y explotación. Al mismo tiempo, acordaron estar sujetos a una ética de santidad cuyo propósito era el recordarles que la Presencia Divina moraba en medio de ellos. Una sociedad basada en un pacto es una en la que la responsabilidad individual y colectiva le pertenecen al pueblo como un todo, y en donde la historia es percibida como un comentario continuo sobre el estado social

de la nación. La moralidad en sí misma, es vista no simplemente como una ley natural inherente a la creación ni como la voluntad arbitraria de un Dios que demanda obediencia ciega sino como un acuerdo entre Dios y un pueblo a la luz de su relación a lo largo del tiempo.

El pacto genera una ética de responsabilidad social. Tiene sus raíces en un sentido de historia e identidad. Se basa en la creencia de que una sociedad libre es un logro moral, y un logro por cuyo mantenimiento todo el pueblo comparte responsabilidad.

7. El pacto dual

Finalmente llegamos a la característica única de la ética judaica, una muy malentendida y criticada; y ella es la ética dual generada por un lado con el pacto de Noaj, y por el otro con los israelitas en el Sinaí. El primero es universal, el segundo particular. El pacto con Noaj aplica a todos los seres humanos en virtud de su humanidad, el pacto del Sinaí es específico a los miembros de la comunidad del pacto. Esto refleja la dualidad de la situación humana.

Por un lado, reconocemos una afinidad especial hacia los parientes, hacia los miembros de nuestra familia. Ahí es, de hecho, en donde primero se forma el vínculo moral. Conforme crecemos nuestro sentido de obligación se amplía para incluir a los amigos, los vecinos, los miembros de la comunidad y los conciudadanos. Todos los grupos humanos tienen esta configuración, la obligación de ayudar a aquellos dentro del mismo grupo. Darwin reconoció esto, escribiendo en *El origen del hombre*:

Una tribu que incluye a muchos miembros, quienes por poseer en alto grado el espíritu de patriotismo, fidelidad, obediencia, valentía y simpatía, estuvieron siempre listos a proporcionarse ayuda los unos a los otros y a sacrificarse a sí mismos por el bien común, será victoriosa por sobre la mayoría de las demás tribus; y esto constituirá la selección natural.¹⁰

10. Darwin, *El origen del hombre (The Descent of Man)*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1981, 166.

Favorecemos a los parientes por sobre quienes no lo son, a los amigos por sobre los extraños, al grupo íntimo por sobre el grupo externo. Sin esto, los grupos no existirían en absoluto y nosotros los necesitamos porque somos animales sociales, no individuos aislados: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2:18). La pertenencia a un grupo es fundamental para el sentido de identidad.

Por otro lado, un sistema moral que falla en reconocer las obligaciones hacia los extraños simplemente generaría tribus en continua guerra. De hecho, parece estar implícito en la Torá que los israelitas experimentaron el exilio y la esclavitud para grabar esta verdad en su memoria colectiva: «No debes oprimir a los extranjeros. Ustedes conocen lo que se siente ser extranjero, ya que ustedes mismos fueron extranjeros en la tierra de Egipto» (Éxodo 23:9).

Esto es lo que representa el pacto dual del judaísmo. Por una parte, somos humanos y compartimos un conjunto de obligaciones básicas entre nosotros por virtud de ese hecho. Todos fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Todos estamos obligados por las reglas básicas de justicia y equidad. Cada vida es sagrada. La violencia y el asesinato son atentados en contra de la condición humana. Esto es lo que Abraham quiso decir cuando le explicó a Abimelec, rey de Gerar, por qué había dicho que Sara era su hermana y no su esposa: «Me dije: Seguramente no hay temor de Dios en este lugar, y ellos me matarán por causa de mi mujer» (Génesis 20:11). En Génesis, el temor de Dios —identificado como *Elohim* en vez de *Hashem*— supone ser un conjunto básico de principios compartidos sobre lo que la moralidad exige, incluso entre extraños.

Por otra parte, el pacto del Sinaí no está dirigido a la humanidad en su conjunto. Está dirigido específicamente a los israelitas en su rol de «reino de sacerdotes y nación sagrada» (Éxodo 19:6). Este es más demandante que el pacto de Noaj, tanto porque se espera que los israelitas sean ejemplares y modelos a seguir para una vida santa, como porque existen fuertes lazos de parentesco entre ellos. Ellos comparten un pasado, un conjunto de memorias y un destino; son como una familia extendida. La mayor parte de la legislación social, por ejemplo, en Levítico 25, usa el lenguaje de parentesco: «Cuando *tu hermano* se vuelva pobre...»

Ha habido épocas en las que el grupo primario ha sido la tribu; el resultado fue la guerra. Ha habido también intentos de abolir completamente a los grupos en favor del universal; el ejemplo clásico fue la Ilustración Europea. Sin embargo, la identidad de grupo regresó en el siglo diecinueve bajo la forma de estados nacionales y de raza. El resultado de los estados nacionales europeos fue dos guerras mundiales. El culto a la raza provocó el Holocausto. No podemos escapar de la identidad, y de aquí la tensión entre quienes pertenecen al grupo y quienes no. La única solución que yo conozco que aborda este tema de una forma clara y con principios es la de la Torá con sus dos pactos, uno representando nuestras obligaciones hacia la humanidad como un todo, y el otro nuestras obligaciones hacia nuestros compañeros de la comunidad de destino y fe. Esta dualidad inusual representa las dos grandes características de la vida moral: la universalidad de la justicia y la particularidad del amor.¹¹

El eclipse de la moralidad bíblica

Esas son las siete características que diferencian a la ética bíblica de otros sistemas éticos: la dignidad humana, la libertad, la santidad de la vida, el arrepentimiento y el perdón, la centralidad del matrimonio y la familia, el pacto como la base de la obligación moral y una ética dual de justicia por un lado y amor por el otro. Muchas de estas creencias, quizás todas, se encuentran actualmente amenazadas en el Occidente contemporáneo.

Primero, la dignidad humana. Uno de los resultados de la biología darwiniana ha sido el erosionar las diferencias entre los humanos y otros animales. Compartimos el 98% de nuestros genes con los primates. En 1997, un grupo de científicos distinguidos declaró en un comunicado acerca de la clonación humana: «El rico repertorio de pensamientos, sentimientos, aspiraciones y deseos de la raza humana parece surgir de procesos cerebrales electroquímicos y no de un alma

11. Aquí, vea los libros de: Jonathan Sacks, *No en nombre de Dios (Not in God's Name)* New York: Schocken, 2015, y Avishai Margalit, *Ética del recuerdo (The Ethics of Memory)* Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002.

inmaterial que opera en formas incapaces de ser descubiertas por instrumento alguno». ¹² Nietzsche fue el primero en ver que mientras más encumbrados eran nuestros logros científicos, más baja resultaba nuestra autoevaluación como humanos. En un pasaje profético, escribió: «Por desgracia, desapareció la fe (del hombre) en su dignidad, singularidad e insustituibilidad en el orden jerárquico de los seres — se ha convertido literalmente, incondicionalmente y sin reservas en un animal». ¹³ Parece que la dignidad humana no puede sobrevivir a la pérdida del concepto de la imagen de Dios.

La idea de la libertad de la voluntad se ha visto erosionada en favor de una serie de determinismos científicos y científico–sociales: lo que hacemos es causado por las condiciones sociales, las fuerzas económicas, los impulsos inconscientes, nuestros genes o nuestros instintos codificados y establecidos. No es claro que se haya podido dar o que algún día pueda darse una explicación científica acerca de la libertad humana, ya que la ciencia se encarga de las relaciones causales y no del comportamiento intencionado. En virtud de esto, la libertad es una ilusión. Y si es así, resulta difícil entender cómo el ideal de una sociedad libre puede ser sustentable en el largo plazo, pues ¿para qué buscar la libertad colectiva si la libertad individual no es nada más que una ilusión?

Tuve una vez una conversación en televisión con un neurocientífico de Oxford que era un determinista, convencido de que nada de lo que hacemos, incluida su participación en el programa televisivo, era producto de una libre elección. Le pregunté por qué, si esto era cierto, deberíamos de continuar teniendo leyes, tribunales, juicios y un concepto de justicia. Si se descubre a alguien quebrantando la ley, entonces lo lógico sería tratarlo con psicofármacos o neurocirugía. Él contestó, «Bueno, puedo entender que en sociedades totalitarias la gente se pueda ver tentada a hacer eso». Él simplemente no podía ver que, si el libre albedrío no existe, no habría razón para *oponerse* al totalitarismo.

12. La Academia Internacional de Humanismo (The International Academy of Humanism), *Declaration in Defense of Cloning and Integrity of Scientific Research*, Free Inquiry 17, no. 3 (Summer 1997): 11–12.
13. Nietzsche, *La genealogía de la moral (On the Genealogy of Morality)*, edición Keith Ansell–Pearson, traducción de Carol Diethe (Cambridge, NY: Cambridge University Press, 2007), 115.

Yo prefiero el ingenioso comentario del novelista yiddish Isaac Bashevis Singer, quien dijo, «*Debemos ser libres. No tenemos otra opción*».

Tercero, con la legalización del aborto por razones distintas a salvar la vida de la madre, y la campaña —ya exitosa en varios países— en favor de la eutanasia voluntaria y la muerte asistida Occidente ha perdido en gran medida el concepto de la santidad de la vida. En su lugar ha adoptado el principio de la autonomía. Desde esta perspectiva, mi vida me pertenece y yo puedo disponer de ella como me plazca. Este es un retroceso a la ética de la Grecia y la Roma precristianas, culturas que no tuvieron reparos sobre el aborto, —incluido el infanticidio— y la eutanasia.

Cuarto, con la propagación de las redes sociales ha regresado la ética de la vergüenza, vívidamente descrita en el libro de Jon Ronson *Humillación en las redes*.¹⁴ El juicio a través de las redes es una regresión a los viejos rituales de estigmatización. En la moralidad de la vergüenza, lo que importa son las apariencias. El mandamiento supremo es «No deberás ser descubierto». En una sociedad de la vergüenza es difícil crear espacio para la confesión, el arrepentimiento, el perdón y la rehabilitación. Las culturas de la vergüenza tienden a ser profundamente conformistas, y pueden conducir al gobierno de la mafia o, tal como en la actualidad, al fenómeno del rebaño digital.

Quinto, la santidad del matrimonio ha desaparecido de grandes franjas de Occidente. En Gran Bretaña y los Estados Unidos de América casi la mitad de todos los niños nacen fuera del marco del matrimonio, menos gente se está casando, aquellos que lo hacen se casan tarde y la mitad de todos los matrimonios terminan en divorcio. El precio lo han pagado los niños. En el transcurso de dos generaciones ha habido un incremento masivo en el abuso del alcohol y las drogas, desórdenes alimenticios, síndromes relacionados con el estrés, depresión e intentos de suicidio. Ha habido también un incremento en la pobreza infantil, causada por la prevalencia de familias monoparentales. Tal vez a largo plazo, la consecuencia más significativa sea la caída en las tasas de natalidad —que ya se encuentran por debajo de los niveles de reemplazo

14. Jon Ronson, *Humillación en las redes (So You've Been Publicly Shamed)*, London: Picador, 2015. Véase también Jennifer Jaquet, *Is Shame Necessary? New Uses for an Old Tool* (London: Allen Lane, 2015).

en todos los países europeos. Europa está envejeciendo, contrayéndose y muriendo lentamente, su población se sostiene solamente por niveles de inmigración sin precedentes.

Sexto, la base del pacto de la sociedad se ha debilitado en gran parte de Occidente. En *El hogar que construimos juntos*,¹⁵ argumenté que la idea de la sociedad-como-hogar ha sido desplazada por la sociedad-como-hotel. Los ciudadanos pagan impuestos tal como los huéspedes pagan sus gastos de hotel, a cambio de lo cual obtenemos nuestra habitación en la que podemos hacer lo que nos plazca siempre y cuando no molestemos a los demás. La idea de que estamos ligados a nuestros conciudadanos por lazos de identidad, pertenencia, moralidad compartida y lealtad colectiva se vio debilitada por el individualismo de los 1960s y dañada aún más por el mal pensado multiculturalismo de los 1980s.

Por último, Occidente rara vez consideró la idea de un pacto dual, con la excepción de una ética de guerra: hay ciertas cosas que son moralmente inadmisibles incluso en un estado de conflicto militar, ya que nuestros oponentes son también seres humanos y por lo tanto poseen ciertos derechos inalienables. Ese concepto murió en el Holocausto, fue resucitado en 1948 en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, y ha sido destruido una vez más en nuestros días por grupos como ISIS y Al Qaeda, quienes no hacen distinciones entre combatientes y no-combatientes ni siguen ninguna de las clásicas reglas de guerra.

En resumen, la tradición moral que formó a Occidente por muchos siglos —la cual, de acuerdo con la Academia China de Ciencias Sociales, le dio su capacidad única de liderar al mundo en ciencia, tecnología, economía de mercado y política democrática— corre el peligro real y presente de eclipsarse. Lo que la reemplazará no será una sociedad libre, abierta, tolerante y respetuosa de los derechos sino la barbarie. Se cumplirá el escenario de *La República* de Platón: la democracia dará paso a la anarquía, la cual a su turno cederá el espacio a la tiranía.

Una sociedad libre es un logro moral; esa es la perspectiva central de la Torá. Depende de la existencia de un código moral compartido,

15. Jonathan Sacks, *El hogar que construimos juntos* (*The Home We Build Together*), London: Continuum, 2007.

un código que nos enseñan nuestros padres, un código que internalizamos conforme crecemos, un código por cuyo mantenimiento somos todos colectivamente responsables. Hoy, en gran parte de Occidente, la moralidad ha sido en gran medida tercerizada a gobiernos y organismos reguladores. El Estado se encarga de las consecuencias del fracaso del matrimonio y de la casi total ausencia de una ética sexual. Los organismos reguladores se vuelven responsables de implementar éticas profesionales. La gente se desliza imperceptiblemente desde «Tengo el derecho de hacer X» a «Tengo razón en hacer X», lo que significa que aquello que no está prohibido por la legislación está moralmente permitido y es, por lo tanto, moralmente razonable. El resultado final es que hay muy poco espacio para la moralidad-como-la-voz-de-la-conciencia. En el pasado, este tipo de sistema nunca ha sido capaz de resultar exitoso en el largo plazo, y no hay razón alguna para suponer que lo será en el futuro.

Lo que nació en la Torá fue una notable visión moral. Partes de esta nos pueden parecer opacas hoy en día, y otros elementos han sido reinterpretados por la Ley Oral; sin embargo, en sus principios básicos nos enseñó a valorar al individuo, a proteger como sagrados los lazos entre marido y mujer, padre e hijo, y a honrar el pacto que une a la sociedad en su conjunto. Si Occidente pierde esto, la gente no dejará de ser moral, pero pasará a un sistema moral similar al que prevalecía en la Grecia precristiana del siglo tercero, la era de los epicúreos y los estoicos; o en la Roma del siglo primero, sobre la cual dijera Livio: «No podemos soportar nuestros vicios ni su cura». Estas eran sociedades en decadencia.

Por eso es importante que reflexionemos y nos abramos a la visión ética de la Torá, que es lo que he tratado de hacer en estos estudios de la parashá semanal. Claramente no son una presentación sistemática del tema, sino más bien un conjunto de ideas e impresiones. Pero siguen siendo «un Árbol de Vida», enseñándonos, en el mejor de los casos, a amar, a dar y a perdonar, a buscar la justicia y a practicar la compasión, a procurar hacer el bien y lo que es correcto a los ojos de Dios y de nuestros compañeros humanos.

Al final de su libro *La historia de los judíos*, Paul Johnson escribió lo siguiente:

A ellos (los judíos) les debemos la idea de la igualdad ante la ley, tanto divina como humana; de la santidad de la vida y la dignidad del ser humano; de la conciencia individual y por lo tanto de la redención personal; de la conciencia colectiva y por lo tanto de la responsabilidad social; de la paz como un ideal abstracto y del amor como el fundamento de la justicia, y muchos otros elementos que constituyen el mobiliario moral básico de la mente humana.¹⁶

El sistema moral iniciado por la Torá, perfeccionado y refinado por la Tradición Oral y más de tres mil años de reflexión y esclarecimiento, sigue siendo nuestra más grande herencia de sabiduría y comprensión de la condición humana bajo la soberanía de Dios —y Su reto perdura: convertirnos en Su socio en el trabajo de la creación y sanar las heridas de un mundo fracturado.

No siempre resulta fácil escribir libros en medio de las presiones de la vida pública, lo cual significa que para ello siempre he dependido de mi equipo. He sido especialmente bendecido por mi actual grupo de colaboradores compuesto por Joanna Benarroch, Dan Sacker y Debby Ifield, por quienes agradezco diariamente al Todopoderoso. Es un placer trabajar con ellos, y sin su tranquila eficiencia y devoción que va más allá del llamado del deber, dudo si hubiera sido capaz de escribir este libro o cualquiera de los otros estos últimos años.

En uno de los salmos más hermosos, el rey David escribe: «¿Quién es capaz de discernir sus propios errores? Perdona mis faltas ocultas». Siempre es fácil equivocarse, y tengo que agradecer a dos personas en particular por señalar errores tanto en esta como en otras obras: a David Frei, registrador del Beit Din de Londres y al Profesor Leslie Wagner. Estoy en deuda con ellos. David posee una gama de conocimientos que es simplemente impresionante y Leslie puede detectar una lógica defectuosa a grandes distancias. Nadie podría pedir amigos mejores o más gentiles.

16. Paul Johnson, *La historia de los judíos (A History of the Jews)*, New York: HarperCollins, 1987, 585.

Introducción: Siete características de la ética judía

Como siempre, mis agradecimientos a mi editor Matthew Miller, a mi correctora de estilo Gila Fine, así como a todo el equipo de Maggid Books —Deena Glickman, Nechama Unterman, Tali Simon y Tomi Mager— por su maravilloso entusiasmo y profesionalismo. Es un privilegio trabajar con ellos.

Tengo una inmensa deuda de agradecimiento con el senador Joe Lieberman, no solo por su hermoso prefacio al libro sino también por la forma en la que él y Hadassah han sido modelos a seguir tanto en su vida pública como dentro de la comunidad judía. Ellos han sido un *kidush Hashem*. Han mostrado la belleza moral de nuestra fe y su preocupación por la justicia y la compasión, la libertad y la dignidad, viviendo todo lo que yo he tratado de articular en este libro. Elaine y yo atesoramos su amistad.

Y guardo mi más profundo agradecimiento para mi esposa Elaine y para nuestros hijos Joshua, Dina y Gila y sus respectivas familias. Ellos me han enseñado más de lo que yo les he enseñado a ellos. He observado y admirado cómo han vivido vidas de principios morales. Me han inspirado con su integridad y valentía, su «firmeza en el derecho como Dios nos los da para ver lo correcto». El mundo al que ellos se enfrentan en este siglo turbulento exigirá los ideales morales más elevados. Que Hashem les dé a ellos y a nosotros la fuerza para vivir por aquello que importa, para hacer lo correcto aun si es lo más difícil, y para convertirnos a través de nuestras vidas y obras, en una bendición para el mundo.

Jonathan Sacks
Londres
Tamuz 5776

AS

Génesis

בראשית